



## CAPÍTULO IV

**El nuevo cura de Ecully, confesor de la Fe. — Juan María Vianney comienza sus estudios con él.**

**P**OR una disposición de la Divina Providencia, los cristianos respiraban ya con libertad: Dios se había levantado y había juzgado su causa. Pasada la tempestad revolucionaria, los fieles discípulos de Cristo volvían una vez más á repetir en el lenguaje de los Profetas aquellos cánticos de triunfo, destinados á convencer de impotencia á los perseguidores de todos los siglos. Después de haber visto sus santuarios destruidos, sus altares profanados y sus sacerdotes degollados y proscritos, el libre ejercicio de su culto venía á ser para ellos el objeto de una alegría inefable, que sólo puede ser comprendida por los que han sido torturados en su conciencia, último asilo de la libertad y de la dignidad humanas.

Volviéronse á abrir los templos el día 11 *Brumario*, segundo mes de otoño del año republicano, y la municipalidad de Ecully fué una de las primeras que se apresuró á recibir el nuevo orden de cosas: llenando de alegría el corazón oprimido de todos los habitantes del país la circunstancia de que Mr. de Mérinville, encargado por el Cardenal Fesch de reorgani-

zar la diócesis de Lyon, tuvo la feliz idea de recomendar á esa religiosa población colocando al frente de ella á uno de los confesores de la fe, que en los días malos había hallado entre sus moradores asilo hospitalario y seguro contra el furor de la revolución.

Desde los primeros días que siguieron á la llegada del presbítero Carlos Balley, se halló en relación con todas las familias notables de la ciudad y de las campiñas próximas á su parroquia. ¡Tan grande era la confianza que había sabido inspirar por sus talentos y virtudes, así como por la nobleza y firmeza de su carácter!

Como era natural, las primeras comuniones, retardadas por tan larga interrupción del ministerio regular, llamaron inmediatamente la atención del nuevo Cura. Organizó los Catecismos, y su pastoral solicitud transformó bien pronto cada casa en un santuario, donde los niños recibían de la boca de sus mismos padres las nociones de doctrina cristiana, que cual gérmenes de vida cultivaba el celoso sacerdote, acabando en la iglesia la obra comenzada en el hogar de la familia. Mas donde principalmente daba vuelo á su caridad y á los ardores de su celo, era en el púlpito: allí derramaba toda su alma en discursos llenos de fuego, en los cuales no se sabía qué admirar más, si la ciencia que ilustra, la unción que penetra, ó la fuerza que arrastra.

Bajo tan gratas impresiones se iba olvidando poco á poco el tiempo de las pruebas y el duelo de la Iglesia. El Salvador de los hombres, obligado á ocultarse por algún tiempo, podía ya salir de los lugares escondidos donde el amor le había cuida-

dosamente guardado; y volvía á reaparecer en el santuario de su predilección, y en los pacíficos y santos tabernáculos. Exponíase ya sobre los mismos altares desde donde había bendecido á nuestros mayores, y los corazones todos latían de amor, y sentían las dulces emociones de las antiguas fiestas cristianas.

La familia Vianney, que tenía numerosas relaciones en Ecully, era de las que más participaban de esas alegrías celestiales y divinas; pero ninguno de la familia gozaba tanto como nuestro Juan María. Desde ese día comenzó á ser vecino de Ecully: no había una ceremonia religiosa en tan privilegiada parroquia, no se celebraba en ella una fiesta, ni se daba una sola bendición del Santísimo Sacramento, á que él no asistiese, sin que le detuviera la distancia. ¿Qué era para su amor el obstáculo de una legua de camino? Nada, seguramente; en aquel tiempo se hubiera recorrido la distancia de diez leguas por oír una sola Misa. «Permitidme, decía á su padre, en ocasión que éste padecía grandes dolores, ir también hoy á Ecully. Yo rezaré muchos *Pater* y *Ave María*, y se conseguirá que cedan vuestros sufrimientos.»

Bien pronto comenzaron á relacionarse el nuevo Cura y el piadoso joven de Dardilly. Existe una atracción entre las almas tan real como la que hay entre los cuerpos. El espectáculo edificante del fervor de ese santo sacerdote en el altar hizo profunda impresión en el joven Juan María; quiso verle, hablarle y tratarle de cerca, y el primer efecto de sus comunicaciones con él fué despertar en su corazón un deseo que dormía ya mucho tiempo. Desde

su más tierna infancia se le había presentado el Sacerdocio como la cima de la sagrada escalera, cuyos escaños misteriosos comenzaba á subir en su corazón. En el principio no había sido más que un instinto; pero, en la edad en que se hallaba, era ya una verdadera vocación. «Si llegase yo á ser sacerdote alguna vez, decía, haría por ganar muchas almas á Dios.»

Tan pronto como el señor Balley fijó sobre el joven Vianney su dulce y penetrante mirada—habituada á leer en el fondo de las conciencias como el Salvador, de quien está escrito que *habiéndolo mirado á un joven le amó* (Marc., X, 21),—mostróle afecto, y comenzó á sentir un particular y tierno cariño hacia él por su sencillez y rectitud, animándole para que continuase firme en sus resoluciones. «Estad tranquilo, amigo mío, le dijo; yo haré por vos todos los sacrificios que estén en mi mano.»

La protección del cura de Ecully era demasiado preciosa para que los padres de Juan María dejasen de aceptarla como un señalado presente del Cielo. Prepararon todo lo necesario en pocos días, y el nuevo educando fué colocado en casa de una familia de Ecully, emparentada con su madre. Hemos tenido el gusto de visitar la pequeña heredad de *La Aurora* (1), que fué por espacio de dos años el asilo de las virtudes nacientes de nuestro Bienaventurado, y el testigo secreto de los esfuerzos que hacía para acrecentarlas de día en día, en proporción que aprendía á conocer mejor á Aquel para quien preparaba su

(1) Nombre de la posesión habitada por la familia Humbert, pariente de los Beluses.

corazón. Lo cierto es que ni en Ecully ni en Dardilly halló jamás ninguno de aquellos objetos cuyas impresiones preparan para el porvenir combates peligrosos á la virtud; al contrario, su piedad hacía continuos y rápidos progresos, efecto de las bendiciones divinas que el Cielo derramaba sobre él por su constante fidelidad á la gracia.

Hemos visto que el nuevo cura de Ecully había ofrecido á nuestro Juan María toda su protección, y comenzó por encargarse de dirigirle y ayudarle en sus estudios. Ya fuese por la desgracia de los tiempos azarosos en los que pasó su juventud, ó por los desig- nios de los padres sobre su carrera y porvenir, lo cierto es que había llegado á la edad en que la mayor parte de los jóvenes terminan sus estudios clásicos, y él no sabía casi nada. Esta consideración, que hubie- ra sido suficiente para detener á otros, no desalentó á su virtuoso maestro. Sucedió á veces que, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para adelantar en los estu- dios, el tedio y la fatiga le rendían; y en estos momen- tos la incertidumbre y el desaliento se apoderaban de su corazón, hasta el extremo de pedir permiso á su maestro para ir á ver á los padres. El señor Cura se le negaba con dulzura, porque conocía el peligro que corría su vocación si le dejaba marchar bajo el peso de tan abrumador desaliento. «¿Adónde quieres ir? le decía con bondad y compasión. Viendo tus padres la inutilidad de tu trabajo y de sus sacrifi- cios, de seguro te mandarán quedar en casa para ayudarte en las faenas del campo; y entonces, ¿qué va á ser de todos nuestros proyectos? ¡Adiós el Sacerdocio, y adiós la salvación de las almas!» Estas palabras hacían entrar en cuenta al desalen-

tado Juan María, recobraba su energía, renovaba sus resoluciones; y á esta buena disposición se seguía siempre un aumento de aplicación y de esfuerzos, que no dejaba Dios sin recompensa.

Hallándose tan desnudo y pobre de facultades intelectuales, sin las cuales no podía esperar se abriese para él la santa carrera á que aspiraba, pen- só nuestro Juan María en recurrir al auxilio directo de medios sobrenaturales, para triunfar de los obs- táculos que le impedían progresar en la carrera de sus estudios. Previo consejo de su director, hizo voto de ir á pie, pidiendo limosna, al sepulcro de San Francisco de Regis, á fin de interesar en su favor al Apóstol de Vivares (1), y obtener por su mediación la gracia de saber lo suficiente para llegar á ser él tam- bién un fiel obrero del Señor. Salió, en fin, para cum- plir su voto, y en todo el camino tuvo que sufrir bas- tantes afrentas y desprecios. Muchas veces no hallaba donde recogerse, porque se le negaba el humilde rin- cón que la piedad concede al último de los mendigos. Como se notaba que no tenía la apariencia de pobre, se le consideraba un hombre de mala vida, un ladrón ó un vagabundo.

Tanta generosidad, en medio de tantas pruebas, debía tener su recompensa: las oraciones fueron oídas. San Francisco de Regis le alcanzó de Dios la gracia que deseaba, hasta el punto de admirar á su maestro, y á todos los que habían desesperado del éxito. Desde ese día desaparecieron las dificultades como por encanto; el árbol de la ciencia tuvo para él frutos menos amargos, y el educando que había sido

(1) Vivares, comarca del Languedoc, cuya capital es Viviers.

considerado incapaz para el estudio, nada halló ya en la cultura de las letras que fuese superior, si no á su inteligencia, al menos á su constancia.

Más de cincuenta años después, con ocasión de la limosna dada á un peregrino, aludiendo el santo sacerdote á su viaje de Louvesc (1), decía: «Es mejor »dar que pedir. Yo no he mendigado más que una »sola vez en mi vida, yendo al sepulcro de San Francisco de Regis, y me ha ido muy mal; se me tenía »por un ladrón, y no se me quería dar ni pan ni abrigo. Me he visto precisado á pedir la conmutación de »mi voto á uno de los Padres de Louvesc, para no »tener que pedir limosna á mi regreso.»

Este período de cinco ó seis años de estudios ofrece aún ciertos rasgos interesantes, que no debemos pasar en silencio.

Tan pronto como Juan María tomó posesión de la habitación que le estaba destinada en casa de sus parientes, los Humbert de Ecully, su primer cuidado fué entenderse con su prima Margarita—hoy señora viuda de Tayolle—sobre ciertos particulares relativos al método de vida que se había propuesto seguir. No quería, por ejemplo, que le sirviese la comida con guiso ni condimento alguno. «Ten cuidado, le decía, »de mojar mi sopa antes de echarle manteca ó leche: »yo no quiero ni lo uno ni lo otro.»

Cuando la prima era fiel á lo que de ella exigía, recibía su recompensa con el contento que manifestaba en todo su exterior, en la alegría de su conversación y en la promesa de algún regalo piadoso, como de una medalla, de una estampa ó de un cántico. Mas

(1) Louvesc, pueblo donde murió San Francisco de Regis.

cuando faltaba á su consigna, lo que ocurría algunas veces, ya por equivocación ó de propósito deliberado, Juan María la reprendía seriamente y le mostraba su desagrado, notándose en él un semblante sombrío, melancólico y de marcado disgusto. «Comía su sopa, »decía Margarita, con gran repugnancia.»

En su nueva residencia continuaba siendo el amigo de los pobres, como en la casa paterna, y jamás pudo ver á un desgraciado sin que se conmoviesen sus entrañas. Llevaba á dormir á la hacienda de *La Aurora* á cuantos pobres hallaba. Caminando un día de Ecully á Dardilly, vió á un pobre descalzo, y le dió sus zapatos nuevos; llegó á casa sin calzado, y su padre le reprendió con aspereza; porque, aunque era caritativo, no lo era á la manera de su hijo.

También sabía Juan María dar un buen consejo, lo que es poco común en los jóvenes de corta edad. Un primo suyo recibió cierto día carta de su amigo, que había entrado en el convento; carta llena de entusiasmo, en la que se hacían ver, bajo los colores más seductores, los encantos de la vida religiosa. Impresionado vivamente el joven con la lectura de la carta, permaneció algunos días pensativo, incierto y combatido fuertemente por el deseo de participar de las puras alegrías de su amigo, y por el dolor de abandonar á sus padres, ancianos y enfermos, de quien era el único apoyo. Siguióse de ahí una de esas luchas entre el claustro y la familia, cuyos detalles son bien conocidos, y que vienen renovándose en todos los siglos para gloria de Dios y salvación de las almas. Como los padres del joven eran verdaderos cristianos, cuando conocieron el combate y el estado de angustia de su hijo, le dijeron: «Tú perteneces á

»Dios antes que á nosotros: trátase únicamente de  
 »conocer su santa voluntad. Vete á visitar á tu pri-  
 »mo, y pídele su consejo. Ya sabes que es sabio, dis-  
 »creto y prudente; es además tan razonable, que no  
 »hay inconveniente en seguir su dictamen.» Obede-  
 ció el joven á sus padres, hizo su consulta á Juan  
 Maria, y éste le contestó sin vacilar: «Sigue donde  
 »estás, amigo mío: tus ancianos padres tienen nece-  
 »sidad de ti: socórrelos, asísteles, ciérrales los ojos;  
 »esa es tu vocación.»

En efecto, como sustitución de las cualidades bri-  
 llantes que el Cielo le había negado, se descubria ya  
 en el joven Vianney ese delicado buen sentido, ese  
 tacto exquisito y perfecto, que debían más tarde ca-  
 racterizar de un modo tan eminente al Sacerdote,  
 destinado á ganar el corazón de las multitudes, y á  
 atraerlas á sí.



## CAPITULO V

**El joven Vianney separado de sus estudios por la conscrip-  
 ción ó reclutamiento. — Su retiro en las montañas del  
 Forez.**

**L**os temores que habian podido nacer en el espí-  
 ritu del joven estudiante con motivo de la in-  
 suficiencia de sus talentos naturales, se ha-  
 bían disipado ya; pero en cambio, le esperaban ma-  
 yores pruebas.

Cuando Mr. Balley vió aproximarse para su edu-  
 cando la época de la quinta, no dudando de su perse-  
 verancia, se apresuró á ir á Lyon, á fin de hacerle  
 inscribir entre los aspirantes al sacerdocio; pues sa-  
 bido es que esa inscripción le eximía del servicio mi-  
 litar. Mas, por una disposición providencial, se olvidó  
 poner su nombre en los registros. Tres años pasaron  
 sin ninguna reclamación, lo que prueba la persuasión  
 en que se estaba de que aquella formalidad se había  
 cumplido. Sin embargo, cuando fué preciso presen-  
 tarle á los exámenes que preceden á la admisión en  
 Filosofía, se advirtió que su nombre no figuraba en  
 ninguna lista. El hecho de esta omisión, que al prin-  
 cipio era secreto, se fué revelando poco á poco, se hizo